

EL CRIMEN DE JULIÁN ENSOR

Julián Ensor, lo mismo que el señor Parent y que Episcopo, era un cobarde, incapaz de intentar nada en contra de la mujer que, siendo suya por convenio legal y divino, la sabía él ajena por codicia y por liviandades. La conoció en una «brasserie» alejada del centro de la población, á la cual iba para rehuir la tiranía de varios compañeros de oficina, que, no contentos con hacerle pagar todas sus faltas y realizar todos sus trabajos, le buscaban por las noches para reirse de su simplicidad y zaherirle con procazes burlas. En el rincón menos concurrido, mientras la espuma iba deshaciéndose con tenue chispear sobre el oro líquido y transparente de la cerveza, se resarcía de las penalidades sufridas en las ocho horas de trabajo. Solo, libre de sus amigos, sin pensar en nada, Julián Ensor era feliz. Allí nadie le hablaba; nadie, sospechando su carácter débil, le hacía blanco de invectivas. La cervecería llegó á ser para él una necesidad, una voluptuosidad, tal vez la única de su vida de

claudicaciones. Por las mañanas, al esmerarse en copiar, con su elegante letra inglesa, oficios y disposiciones ministeriales que habían de valer plácemes á otros, pensaba en la llegada de la noche, en la luz cruda de los focos eléctricos, en los amplios divanes tapizados de verde y en los espejos luminosos y profundos. Ya por las tardes, todo su cuerpo enflaquecido tremaba de dolorosa impaciencia, y luego comía aceleradamente, dejando muchas veces el postre, para ir, con las precauciones de un malhechor que se cree perseguido, á sentarse intranquilo y dichoso, ante el vaso de cerveza, cuyo amargor penetrante no concluía de ser grato á su paladar.

Conocía de vista á todos los parroquianos asiduos, y siempre que los hallaba en la calle cruzaba con ellos una mirada familiar, casi misteriosa, una de esas miradas que forman el hilo de un secreto. Y allí conoció á su mujer. Era joven, morena; en su rostro, bajo el complicado artificio de su cabellera opulenta y oscura, dos manchas bermejas contrastaban con la tenebrosa profundidad de sus ojos, agrandados por sendos círculos azules, y con la curva constantemente húmeda y roja de su boca, que fingía una herida.

¿Que cómo fué el caso? Concretamente nadie puede decirlo. Tuvo esa encadenación inespera-

da y fatal que eslabonan los hechos, uniendo términos tan distantes que la perspicacia más aguda no sospechara verlos acercados jamás. Durante muchas noches él la vió con el mismo manso amor con que veía todas las cosas del establecimiento: los divanes, las mesas, las cafeteras humeantes, las botellas de opaca diafanidad, el rapaz, granuja precoz, que pregonaba con voz insinuante cerillas y periódicos ilustrados. La veía ambular por entre las mesas, inclinarse ante los parroquianos y recorrer, con la diversidad de sus sonrisas, una extensa gama, cada uno de cuyos matices hubiera servido á otro observador más sagaz para clasificar la esplendidez de las propinas. La veía como á una cosa, y nunca pensó en el encanto sensual de aquel cuerpo, que muchas veces, al hurtarse rápido en un esguince á la solicitud de una mano aviesa, chocaba contra los veladores, alzando de ellos un sonoro temblor de cristales. Casi no advertía que ella era la más joven y la más hermosa de las camareras, casi no advertía que ella era la más agasajada. Para él, era uno de los objetos de la cervecería... Y sin embargo... ¿cómo fué aquello? Una noche, ella no le cobró la cerveza; otra, pasadas algunas, le trajo un vaso sin él pedirselo y tampoco se lo quiso cobrar; varias semanas después le dió para que cambiase un bi-

llete de veinticinco pesetas y ella no volvió con el cambio, y la noche de un viernes, por fin, le dijo que la esperara y salieron juntos. En la calle se les unió un viejo de cabeza intonsa y brillante mirada suspicaz. Ella le dijo que era su padre.

—Mi Juanita ya nos había hablado de usted. En casa tienen mucha gana de conocerle.

—¿De mí?... ¿Ella les ha hablado de mí?...

—Nosotros no somos de esos padres que se oponen á que sus hijas tenga novio, ¿sabe usted? Siendo como usted, persona honrada... Desde hoy ya cuenta con nuestro permiso.

Y fué así. Después, una sucesión de hechos absurdamente lógicos: varios paseos, dos jiras al campo, algunos viajes á la Vicaría, una ceremonia grotesca: un velo blanco, un ramo (quizás demasiado grande) de azahares, un frac de bazar, algunos latines rituales tartamudeados por un cura obeso. Y después... después la desdicha.

Y la desdicha fué tenazmente cruel. Desde la tarde de la boda, Julián Ensor sabía que era un predestinado, es más, lo sabía desde antes; y cuando el sacerdote le preguntó que si la aceptaba por esposa, él hubiera respondido que no, si aquella irremediable cobardía que pesaba so-

bre todos los gérmenes de su acción le hubiera permitido el transcendental acto de hacer por única vez en la vida su voluntad, en vez de someterse á la de los otros.

Sus amigos comenzaron á hacerle visitas injustificadas. Fué mandado por su mujer á recados de premiosa tramitación. Una tarde, yendo de paseo escoltado por algunos jóvenes que sin recatarse de él la miraban con esas miradas que hablan de una historia, de un convenio ó de una procaz solicitud, oyó una voz grosera decir: «Mira qué gracioso el marido de la Juanita». Y algunas veces encontraba sobre su pupitre, dibujados por manos rudimentarias y arteras, ciervos, tauros y unicornios, que él rompía en pequeños fragmentos para darlos uno á uno á la purificación del fuego de la estufa, mientras meditaba fríamente que sólo una explosión colérica podría redimirle de aquellas torturas.

Y tuvo que aguardar en la escalera á que, después de una mal disimulada inquietud interior, la puerta se abriese, para encontrar en la sala á su mujer y á cualquier amigo en actitudes hartamente comedidas. No era promediado el segundo mes de matrimonio, cuando tuvo que servirse la cena, porque su esposa había salido sin siquiera advertirle, dejándole dicho que iba al teatro. Y al finalizar el quinto mes, una deformación mater-

nal era en Juanita una acusación y una promesa perentoria de alumbramiento.

Julián Ensor sufría todo pacientemente. Por las mañanas, al entrar en la oficina, sus compañeros le preguntaban, uno después de otro, con voces entrecortadas por toses y por risas burlonas:

—¿Cuándo nace tu hijo?

Y aun otro, el más desvergonzado, añadía:

—Es preciso que la buena estirpe de los Ensor se perpetúe.

Y Julián hundía el acerado raspador en la carpeta, y al hacerlo, pensaba en los corazones de aquellos que tan despiadadamente herían el suyo, aterrorizado por la visión sangrienta que en su imaginación cándida y pacífica se fijaba con el burocrático aspecto de un frasco de tinta roja derramado.

Fué en Abril, una tarde al volver del Ministerio embriagado con la fragancia áspera de un ramo de geranios que le obligara á comprar una florista, cuando el viejo de cabeza intonsa le recibió con acongojado clamor:

—¡Juanita está grave!... Corre, ve á casa de don Luis... ¡La comadrona ya no puede hacer nada!

Casi sin conciencia, descendió la escalera, y con pasos inciertos de beodo dirigióse á casa del doctor. Al ir á trasponer la acera, un hombre se

le acercó decidido y turbado: era un antiguo parroquiano de la cervecería:

—¿Usted es el marido de Juanita?... ¿Cómo está?... ¿Es cierto que puede morirse?

—Bien... No sé... No, no se muere.

Julián Ensor comprendió; en un instante se hizo cargo de aquella abominable vergüenza. Y en tanto, sin detenerse, tropezando con los transeúntes, seguía su ruta, pensaba que él se debía volver y matar, con la misma glacial indiferencia bárbara con que pensamos trágicas soluciones á un drama visto en el teatro. El doctor le recibió con lenta cortesía, haciéndole, á la vez que se ponía parsimonioso el abrigo y el sombrero, preguntas que él contestaba maquinalmente.

—¿Tiene convulsiones?... ¿No la han sometido durante quince días á alimentación láctea?... Tal vez sea la albúmina el motivo... ¿Cuántos meses llevan de matrimonio?

Julián Ensor, afrentado y cobarde, respondió hasta la última pregunta, sin mentir. En el coche, mecido por el blando vaivén, una idea terrible comenzó á rondarle; una idea tan pavorosa que él en vano la trataba de esquivar, mirando la calle en apariencia fugitiva por el cristal turbio del carruaje. Era una idea tenaz, diabólica, que nacía de algo desconocido en él, de algún

centro de recónditas energías. «¡Si ella muriese!» Y la idea se desarrollaba, se precisaba hasta concretar todos sus trámites: un féretro, una noche de vela, un paseo tras un carro fúnebre en una mañana asoleada, y después... después la libertad, la soledad, los ratos felices en otra cervecería donde no hubiera mujeres, viéndose todas las noches en la hondura luminosa de los espejos, y no pensando ni temiendo nada ante el oro transparente y líquido de la cerveza que se iría deshaciendo con tenue chispear.

El doctor penetró en la habitación, volviendo á salir poco después, desnudos los brazos, para buscar en un maletín algo que Julián vió brillar con argénteas fulguraciones. Antes de volver á la alcoba, le dijo:

—Más vale que usted se quede afuera.

—Sí, yo estaré aquí, junto á la ventana.

Sujeto á los barrotes, casi convulso, escuchaba, curioso, los menores ruidos de adentro. Las vecinas piadosas salían ó entraban con vasijas y trapos. De tiempo en tiempo percibíanse las frases imperativas del doctor. Y por las rendijas, en un instante de audacia, pudo ver el rostro exangüe de la esposa, junto al cual una mano sostenía un frasco azul. Sin reparar en Julián comentaron algunas vecinas que salían:

—¡Vaya un trance duro, mi señora! Uno de

los dos tiene que quedar... El doctor lo ha dicho.

Y entraron. Solo, sujetándose á la ventana para no caer, la idea terrible volvió á hacer presa en su cerebro. Ahora se concretaba más: «¡Oh, si ella muriese!» Y con una rapidez de alucinación se sucedían en sus ojos cerrados las visiones de una caja grande galonada de oro y una cajita blanca muy pequeña, casi tanto como la caja de papel del jefe de su negociado. «¡Si fuera ella la que muriese!...» La idea se agigantaba, se apoderaba de su voluntad y la dirigía hecha un voto maléfico hacia dentro del cuarto, donde la anestesiada articulaba con torpeza frases incoherentes y llamaba á alguien, á alguien que él ya odiaba. ¡Oh, tanto tiempo sin sospechar! Al recuerdo de aquel antiguo conocido, visto con simpatía innumerables veces, al recuerdo de la pregunta audaz, al recuerdo de su plácida dicha truncada, la idea perfeccionaba su maleficio, hacía más claramente perversa: «¡Que sea ella, que sea ella aunque viva su hijo!»... Y hubo un murmullo dentro. Él comprendió que algo decisivo ocurría y se aferró con convulsa fuerza á los barrotes... ¡Á cuál de los dos tendría que acompañar en la mañana asoleada que siguiese á la interminable noche del velorio!... Sobre el murmullo compasivo, unos vagidos

gangosos é intermitentes vibraron en la habitación.

Y una de las vecinas que salían trémulas, retratado en los rostros ese horror inconfundible de los que han visto pasar á la muerte cerca de sí, exclamó al ver á Julián exánime junto á la ventana:

—¡Pobre!... ¡Tan poco tiempo de casados!... ¡Mira cómo tan débil ha podido doblar los barrotes: ¡la fuerza del dolor!... ¡Que Dios nos libre, señora, Dios nos libre!...

HACIA LA LUZ

PERSONÆ DRAMATICÆ

EL PRÓLOGO.

MARTA.

EL POETA.

ESTRELLA.

EL PRÓLOGO.

(Apareciendo graciosamente, en la despierta conciencia del dormido Poeta. El tono sarcástico de su voz da la idea de una figurita frágil y atrevida, siempre dispuesta á decir verdades sinónimas de procaces burlas y ofensas donosas. Arlequin ó Bufón, Marioneta ó Litha, la encarnación perfecta de la travesura llena de atractivos... Mujer para el lector, y hombre joven y gallardo para la lectora.)

Detén tu vista quienquier que fueres, si eres sesudo y grave ó si han pasado para ti las treinta primaveras. No intentes comprenderme si fundes tu cerebro en el crisol de las humanas ciencias ó si secaste tu corazón en el horno de las ruindades humanas. Si calculas, no me leas; si sueñas, léeme. Voy ¡necio de mí! á exhortarte á comprender la finalidad de la vida, cuando sé que, contra cada uno de cuantos pecados cometieronse, se han dado más de cien millones de consejos. Sin embargo...

Bien y mal, virtud y vicio, son palabras banales, que no tienen analogía con la verdad eterna. La bella verdad es infinita, y en este despreciable mundo, lo malo y lo bueno tiene un límite determinado.

Poderío, riqueza, amistad, todo mentira; todas frases huera, de sentido acomodaticio y sólo hay una: Amor, símbolo de la finalidad suprema de nuestro vivir, síntesis de todas las bondades humanas, vínculo de hermandad entre todos los seres. Enemigos hombres, enemigas mujeres, enemigos bestias... ¡Amor!... Todos hermanos... La razón de la vida es el amor. La luz de la existencia es sólo él, y tal vez en un punto lejano que no verás nunca, tal vez al lado de ti mismo, pero siempre, hay creado otro ser nacido para sentir tu amor y para prodigarte en cambio el suyo.

La luz de tu existencia no brillará triunfante hasta unir á otra su llama... Busca tu luz amiga. si quieres conocer la región ideal, búscala sin tregua, y no te dejes engañar por el brillo de fuegos fatuos que te cegarán un momento, dejándote sumido en las negruras, apenas una leve ráfaga los aleje ó extinga. Tu luz será pequeña, si eres pequeño... más pequeña, si eres grande; pero sólo al fulgor blanco de su llama se disiparán las tinieblas, se allanarán las angustiosas pendientes, florecerán los senderos abruptos, se

hará poesía el vulgar cotidiano existir, y la muerte aparecerá como un transitorio paso de un amor grande á un amor eterno...

¡Busca tu luz!

EL POETA.

(Despertando). ¡Horrible pesadilla!

ESCENA ÚNICA

(Habitación á gusto de quien leyere. MARTA preludia mecánicamente en el piano una sonata de Beethoven, evocadora y melancólica. EL POETA, apoyados los codos en uno de los extremos del clave, la mira, absorto en su contemplación, mientras ESTRELLA no separa de él su mirada mortecina como luz que se extingue. Muere el crepúsculo vespéral y misteriosas sombras vagan por la estancia. Los ojos de MARTA fulgen trágicos en la penumbra, sobre el brillo frío y óseo del largo teclado. El vago rumor que sube de la calle populosa es cual un coro de pasiones dormidas que acompañase con sus cadencias las tristísimas de la sonata.)

POETA.

Deja de tocar, Marta... Toca otra cosa...

ESTRELLA.

Sí; esa música es demasiado triste.

MARTA.

(En tono delator de gran indiferencia.) Se acabó, pues, la música. Ya está cerrado el piano.

ESTRELLA.

(Repitiendo la frase maquinalmente.) Ya está cerrado.

POETA.

Han quedado prisioneras todas las notas tristes.

ESTRELLA.

Y todas las alegres también.

MARTA.

¡Ea! No digais tonterías. Ya está de nuevo abierto... ¡Qué aburrimiento!... Contadme algo. Reflérenos tú, que eres poeta, alguna conseja que nos distraiga.

POETA.

¿Quieres que te cuente una historia?

MARTA.

Sí, sí, cualquier cosa para pasar el tiempo.

POETA.

Me alegro, porque hace mucho tiempo sé una que desearía fuese de tu gusto.

MARTA.

Procura no contar una triste, cual esas que compones. Soy enemiga de las penas. Preferiría un cuento de hadas ó una leyenda de princesas rubias.

ESTRELLA.

(Tristemente.) Bueno, me voy.

POETA.

¿No quieres oír la narración?

ESTRELLA.

¡Oh, sí! Pero como le dijiste á Marta: «te contaré».

POETA.

Debí decir «os contaré». Dispensa.

MARTA.

¡Tonta! (ESTRELLA aproxima su silla, colocándola detrás de MARTA, que sigue sentada ante el piano. EL POETA, abstraído en la contemplación de MARTA, no se fija en la de que es objeto por parte de ESTRELLA.) Principie la historia.

POETA.

Es además de historia un jeroglífico. Se trata de averiguar el nombre de la protagonista.

MARTA.

Lo principal es que sea entretenida. Empieza.

ESTRELLA.

Sí, comienza ya. *(Pequeña pausa.)*

POETA.

Le daré principio como á los cuentos de los niños: Érase que se era...

MARTA.

(Con acento de burla.) ¿Un rey que tenía tres hijas?

POETA.

No. Érase un poeta...

ESTRELLA.

¡Si será bonita!

MARTA.

¡Calla!

POETA.

...Un poeta que soñaba, y no con cuadrigas de corzas blancas, ni con castillos encantados, ni con alcázares, ni con laureles, ni con riquezas... Érase un poeta que soñaba con una mujer.

ESTRELLA.

¡Qué interesante!

POETA.

(Siempre dirigiéndose á MARTA.) ...Y era la eterna imagen de su sueño una mujer de hermosura

única. Tenía azules los ojos, áureo el cabello, sensual y enigmática la boca, marmórea la tez, el cuerpo... que se parecía ti. (ESTRELLA tose. *Su tos, cual un quejido que complementase las dos lágrimas desprendidas de sus ojos negros y ensoñadores, circundados de ojeras siniestras, tiene que lastimarle el pecho; áspera, seca, resuena en la habitación lúgubremente. Las sombras van siendo más densas cada vez.*) Aquella mujer era para el artista lo que en el sistema de Copérnico es el Sol: alrededor de ella giraban ambiciones y anhelos. Los cantos que habían de hacerle famoso, los que habían de legar su nombre á la posteridad, estaban adormecidos en su espíritu, esperando á que ella los animase con una sola mirada de amor. Al mágico influjo de su cariño habíanse las zozobras de trocar en felicidades. Ella tenía en sus ojos el secreto de su destino y la luz que había de ser faro en el camino de la gloria. Ella era la musa del poeta. (MARTA se ha quedado completamente inmóvil. ¿Atiende? EL POETA lo cree así y hace más insinuante el tono de su narración. La respiración de ESTRELLA es fatigosa, casi un hipo, cual si pugnara por contener el llanto.) ...Y aunque él no se atreva á decirle nada por el temor de hallarla esquiva ó ignorante, su mirada ritmaba, al encontrarse con la suya, los más apasionados cantos de amor. De-

era tan pronto idealismos dulces y humildes, como irresistibles deseos; platonismos de soñador y procacidades de rufián de las que no había derecho á quejarse. Y él, entre tanto, sufría y gozaba y reía y estaba enfermo con aquel amor á un tiempo bendecido y maldito, y fatalmente seguía el camino de su luz: la de aquellos ojos que él veía á todas horas, hasta en los eternos insomnios de sus noches, fuera de las cuencas, prendidos en los jirones de la sombra, y mirándole fijos, hipnóticos, produciéndole una extraña y voluptuosa sensación que le calofriaba desde la epidermis hasta más adentro de los huesos... ¿Acaso sentía ella amor ó piedad de él? Era imposible averiguarlo. En la mirada acerada y fría de sus ojos azules había un enigma trágico y cruel, tan indescifrable como el que se ocultaba tras de la línea suprema y cabalística de sus delgados labios eróticos... ¿Y sabes de quién son todos esos encantos? ¿Sabes cuál es esa luz que busca el poeta?... ¡Pero!... (MARTA se ha quedado dormitando. Sus ojos se han cerrado, tal vez para aprisionar tras de los párpados la visión de algún ensueño lejano y oculto. EL POETA, despechado, deja oír un grito, una imprecación. Su luz se ha extinguido. ESTRELLA se levanta nerviosamente; pero cae rendida por un acceso de tos, que en vano pretende ahogar con el pañuelo teñido con la espuma

sanguinolenta, heraldo de su enfermedad terrible.

MARTA despierta sobresaltada.)

MARTA.

...¿Qué?...

POETA.

¡Marta!... ¿No... te ha gustado?...

MARTA.

¡Oh!... Sí, sí... ¡¡Estrella!! (ESTRELLA ha caído pesadamente. Su cuerpo rígido ha gravitado sobre las teclas, y un torrente de notas desarmónicas ha salido atropellándose del clave. La alfombra alba comienza á teñirse de púrpura en el sitio donde descansa la cabeza de ESTRELLA.) ¡¡Dios mío!... (AL POETA.) ¡Ayúdame!... ¿Qué te pasa? ¿Estás loco?... ¡Dios mío, Dios mío! (EL POETA rompe á reír nerviosamente en carcajadas cada vez más histéricas. El cuerpo de la caída se agita, mártir de una violenta convulsión. MARTA no sabe cómo compartir sus cuidados, y al fin los dedica por completo á ESTRELLA. La Luna, que ha logrado desasirse del cortejo de nubes que la perseguía y ocultaba, alumbra pálidamente la escena y se ríe, se ríe con una cara que al POETA antójasele parecida á la cara de EL PRÓLOGO.)